

Estudios de Desarrollo en la Era de Globalización

Frans J. Schuurman*

Resumen

Hasta mediados los años 1980 los estudios (post-Segunda Guerra) sobre el desarrollo compartían tres paradigmas básicos: primero, consideraban al Tercer Mundo y sus habitantes como unidades homogéneas; segundo, se tenía una creencia incondicional en el progreso y en la maleabilidad de la sociedad; y tercero, la importancia del estado-nación en la realización del progreso. Las teorías sobre el desarrollo (de la teoría de la modernización a la teoría de la dependencia) así como el movimiento de ayuda financiera internacional para el desarrollo, todos compartían estos paradigmas. Sin embargo, a partir de mediados de los años ochenta estos tres paradigmas fueron perdiendo progresivamente su status hegemónico y en el paso al siglo veintiuno han sido reemplazados por un conjunto de nociones vagas, en parte descriptivas, en parte heurísticas, como sociedad civil, capital social, diversidad y riesgo. Este artículo constituye un análisis de las razones más importantes acerca de la desaparición o pérdida, en los estudios sobre el desarrollo, de estos paradigmas centrales. Constituye un esfuerzo por establecer la importancia que ese conjunto de nociones de inspiración post-modernista, post-desarrollista y de la globalización tiene para los estudios sobre el desarrollo.

Introducción

Los estudios sobre el desarrollo difícilmente cruzaron el umbral del siglo veintiuno; sin embargo, su objeto de estudio, la desigualdad política, económica y social respecto al Tercer Mundo, ha cambiado de siglo sin mayores obstáculos. Una combinación de estas dos afirmaciones requiere una explicación, lo cual es el motivo de este trabajo.

El impasse en los estudios sobre el desarrollo que se adivinaba ya hacia la segunda mitad de los años ochenta parecía bastante serio en ese entonces, a la vez que aparecían signos mostrando el camino hacia una renovación teórica (la Escuela de la regularización, ciertos avances en el dominio de los estudios de género y del medio ambiente). Sin embargo, pronto quedó claro que los factores que llevaban a

* Investigador Center for International Development Issues Nijmegen (CIDIN), Universidad Radboud de Nijmegen

este impasse eran más bien de estructura natural y que, a una escala global, otros acontecimientos estaban cambiando, que se consideraban verdaderos puntos de referencia (como el rol principal del estado-nación) (Sklair, 1991; Sachs, 1992; Schuurman, 1993; Norgaard, 1994; Booth, 1994; Escobar, 1995; Crush, 1995. Brohman, 1996; Preston, 1996; Cowen & Shenton, 1996; Leys, 1996; Rahnama, 1997). Todas las posturas paradigmáticas imaginables con respecto a la cuestión *del desarrollo han sido ya revisadas y se les han otorgado sus etiquetas, las cuales* van desde “el no-desarrollo anti-modernista” (Sachs), pasando por “el desarrollo alternativo y el post-desarrollo” (Rahnama), hasta “el desarrollo reflexionado” (Nederveen Pieterse, 1998).

El carácter de los debates al interior de los estudios sobre el desarrollo, pareciera haber pasado de la teoría al paradigma. Por ejemplo, formalmente los teóricos marxistas y neo-marxistas discutían acerca del papel específico que el Estado debía jugar en el proceso del desarrollo. No estaban de acuerdo en esto pero sí coincidían en que el Estado debía al menos jugar un papel importante; es decir, en el nivel paradigmático coincidían en que el Estado era un importante actor del desarrollo. Hoy en día, la discusión ha girado hacia si después de todo el Estado debe jugar un papel en el desarrollo. Al mismo tiempo la sociedad civil pareciera haber evolucionado de un conjunto de hogares individuales, más bien indeterminado y con un contenido social inarticulado de clases económicas y disparatados movimientos sociales, hacia un actor casi orgánico y articulado con un potencial sinérgico de desarrollo. Debido a lo que podría llamarse una desorientación paradigmática, los estudios sobre el desarrollo comenzaron a quedarse atrás en la participación crítica en estas discusiones. En las siguientes líneas propongo una revisión sobre la desaparición de los tres paradigmas más importantes en el pensamiento sobre el desarrollo y la consecuente confusión paradigmática en el seno de los estudios sobre el desarrollo.

Cincuenta años del pensamiento sobre el desarrollo: paradigmas perdidos.

Después de la Segunda Guerra Mundial los paradigmas desarrollistas compartían al menos tres características:

1. La esencialización del Tercer Mundo y de sus habitantes como entidades homogéneas.
2. La creencia incondicional en el concepto de progreso y en la maleabilidad de la sociedad.
3. La importancia del Estado (nación) como un marco analítico de referencia y la confianza política y científica en el papel del Estado para realizar el progreso.

Las dos primeras características del pensamiento sobre el desarrollo (el Tercer Mundo como una entidad homogénea y la incondicional creencia en el progreso) constitu-

yen el núcleo del así llamado desarrollismo: una especie de pensamiento evolucionista sobre el desarrollo del Tercer Mundo, unilineal y teleológico, que como tal podía contener dos conjuntos de teorías sobre el desarrollo aparentemente contradictorias: las teorías de la modernización y las teorías marxistas del desarrollo.

La tercera característica del pensamiento sobre el desarrollo, el papel central del Estado en el proceso del desarrollo, era un reflejo de como, a partir del siglo diecinueve, el Estado moderno progresivamente tomó la iniciativa en el proceso del desarrollo. Esta iniciativa alcanzó su cenit en la fase, posterior a la Segunda Guerra Mundial, de la construcción del estado de bienestar social en el mundo industrial occidental, idea que posteriormente se exportaría al Tercer Mundo.

La historia se mueve por el pensamiento. Los desarrollos sociales, económicos y políticos cambian el *Zeitgeist*. Thomas Kuhn ha señalado que los paradigmas tienen una resistencia natural al cambio, si bien unos más que otros. Así, las tres características paradigmáticas del pensamiento sobre el desarrollo, cada una en su momento, han sido cuestionadas.

La esencialización del Tercer Mundo

Primeramente se presentó una crítica incrementada sobre la idea de un Tercer Mundo homogéneo. Esta crítica fue una extensión de la crítica a la teoría de la dependencia, la cual, en su versión más popular, no permitía explicar la diversidad de experiencias de desarrollo entre los países del Tercer Mundo. El papel de la organización de los países exportadores de petróleo, la OPEC, en la crisis del petróleo a comienzos de los setentas, el éxito económico de los tigres asiáticos en comparación con la continuación de la pobreza extrema en África, el regreso de las dictaduras militares en diversos países de América Latina (que se veía como una especie de regresión política), todo esto, se pensaba, mostraba claramente que el Tercer Mundo no constituía una categoría homogénea a ser considerada por una sola teoría sobre el desarrollo, por sí misma deducida de un paradigma altamente cuestionable de la teoría de la dependencia.

Hacia finales de los ochenta esta crítica de la pretendida homogeneidad del Tercer Mundo como un concepto, fue reforzada por la crítica postmoderna del esencialismo de diversos conceptos del discurso modernista; crítica que fuera avanzada por escritores postmodernistas como Foucault y Derrida en particular. La consecuencia fundamental de este ejercicio crítico, llamado “deconstrucción”, fue que la investigación social ya no es posible. A fin de llevar a cabo la investigación social los científicos necesitan de conceptos abstractos pero, de acuerdo con la crítica post postmodernista, estos conceptos son, ya sea proyecciones surgidas del pensamiento subjetivo del científico en cuestión o basadas en las así llamadas experiencias compartidas de un grupo de encuestados que fueron consideradas como irreales y manipuladas.

Esto llevó a la situación en la cual, dentro del campo de los estudios sobre el desarrollo, muchos investigadores dudan entre especificar su dominio de actividades (la desigualdad en el Tercer Mundo) con el fin de evitar ser acusados de esencialistas, o si no se vuelcan hacia la noción vaga pero relativamente al abrigo de “la diversidad dentro de las experiencias de desarrollo en el Tercer Mundo”. A su vez, esto llevó a la delicada situación en la cual, en un nivel paradigmático, se dio una especie de cambio de énfasis en la desigualdad a otro sobre la ‘diversidad’, si bien no se experimentó ni una posterior elaboración paradigmática ni la translación necesaria hacia un nivel de teorías sobre el desarrollo, probables y realizables.

El fin de la creencia en el progreso

En los años noventa, la desaparición de la creencia en el progreso se vio traducida por un lado, en una mayor diversidad de versiones posmodernistas del pensamiento sobre el no desarrollo, y por el otro en la idea de la sociedad de riesgo. En los ochentas, el pesimismo sobre el desarrollo se había ya instalado, dada la evidencia que el abismo entre los países pobres y ricos continuaba agrandándose, que ahí en donde se había dado un crecimiento económico éste había tenido efectos catastróficos sobre el medio ambiente y que el fin del socialismo real existente había eliminado las trayectorias de desarrollo de inspiración socialista de las agendas político y académicas.

Una versión temprana del pensamiento postmoderno, de hecho “no desarrollo anti-modernista”, fue introducido por Wolfgang Sachs (1992) como sigue: ‘... el discurso del desarrollo continúa aun a penetrar no solo en las declaraciones oficiales *sino también en el lenguaje de los movimientos de masas*. Es tiempo de desmantelar esta estructura mental’ (p 1; énfasis agregado).

Si los movimientos de masas sostenían un discurso en el cual ejercían su derecho a acceder al proceso de desarrollo, fueron advertidos por los autores del Diccionario del Desarrollo e implícitamente acusados de sostener una falsa conciencia (inculcada por el bombardeo constante de ‘imágenes falsas’ proporcionadas por los medios masivos controlados por Occidente). La etiqueta de subdesarrollo –cuya utilización primera los autores rastrearon a una intervención del Presidente Truman en 1949-, llevó al ‘arrogante intervencionismo del Norte y a una patética auto-compasión en el Sur’ (Sachs, 1992: 2). En su introducción, Sachs considera al concepto de desarrollo pasado de moda, debido a que:

1. La creencia en la tecnología llevó y lleva de manera incrementada, al desastre ecológico.
2. El concepto de desarrollo fue un arma ideológica en el conflicto Este-Oeste, el cual no existe más. Ya no hay necesidad de encontrar aliados ideológicos en el Sur sobre la base de un proyecto en el cual los Estados Unidos proporcionaban el papel de modelo.

3. El abismo de bienestar social entre el Norte y el Sur se está incrementando en vez de disminuir, a pesar de las promesas del discurso sobre el desarrollo.
4. El desarrollo conlleva una pérdida de diversidad, lo cual es monótono.

A pesar de que, a excepción del último, estos puntos tienen sentido, aún queda un largo camino por recorrer para deshacerse de los conceptos de desarrollo y progreso. La introducción de Sachs continúa enumerando los conceptos relacionados con el discurso del desarrollo, tales como pobreza, producción, igualdad, niveles de vida, etc., los cuales en los diversos capítulos de su libro son desmenuzados como reforzadores de la visión del mundo occidental llevando a la violencia. Finalmente, la introducción ofrece al lector 'una ventana hacia otras maneras de ver el mundo y una mirada a la riquezas y bendiciones que sobreviven aún en culturas no occidentales, a pesar del desarrollo' (Sachs, 1992: 4).

Posteriormente versiones del pensamiento postmoderno también reflejan ideas anti-modernistas similares (eg Rahnema, 1997), relegando el progreso y el desarrollo a conceptos basura del siglo veinte, los cuales más vale dejar atrás al entrar al tercer milenio. La noción occidental de progreso solo producirá más contaminación del medio ambiente, dado que significa industrialización; provocará la destrucción de las raíces culturales de pueblos indígenas exponiéndolos, como desprotegidas víctimas, a un capitalismo global de explotación, el cual, a través de la manipulación de los medios masivos de comunicación, los incita a consumir los productos erróneos por razones erróneas con el dinero que no tienen. Sin embargo, las alternativas propuestas por los pensadores del postdesarrollo tienen un contenido estilo "New Age" bajo vestimentas del Tercer Mundo.

Otras dos variantes de la pérdida de creencia en el progreso como una característica de "fin de siglo", están comportadas por el concepto de sociedad de riesgo, y en la súbita aparición popular de autores 'apocalípticos'. Permítaseme tratar ambos brevemente a fin de completar el cuadro de la pérdida del paradigma del progreso.

El paso hacia el siglo veintiuno y, más importante, hacia el próximo milenio, trajo consigo toda una serie de tratados filosóficos sobre la 'conciencia moral' con la cual la humanidad entró en el siglo veinte. Éstas no fueron publicaciones para diversión, algunas conllevan en su título las nociones de 'apocalipsis' (Bull, 1995) o de 'traición' (Norgaard, 1994). Samuel Huntington, Eric Hobsbawm y Robert Kaplan son autores bien conocidos que personifican – en diverso grado y por diferentes razones- este pesimismo de fin de siglo. Ya en su artículo de 1993 '¿El choque de civilizaciones?' (posteriormente publicado como libro), Huntington instaba al occidente a desistir de sus ilusiones universalistas y a no mezclarse en los conflictos regionales en las otras partes del mundo. Si el occidente, y particularmente los EE.UU., no adhieren al principio de relativismo cultural en la política internacional entonces un 'choque de civilizaciones' ocurrirá inevitablemente. Hobsbawm (1994) encuentra una explicación para la crisis moral de fin de siglo en la fundamental victoria del materialismo individualista, que ha llevado a la degradación de las tradicionales redes de solidaridad humana. Este vacío moral resulta

en un caos que se ve completado por el asalto de una economía global que deja a los estados-naciones virtualmente indefensos. Sin embargo, Huntington y Hobsbawm, son medianamente optimistas en comparación con Robert Kaplan. En su artículo de 1994, 'La anarquía que se aproxima' (elaborado y posteriormente publicado como libro) Kaplan lleva al lector a un recorrido a través del África del Oeste, mostrando un cuadro de caos político y social total. Ejércitos paramilitares y bandidos organizados peleando unos contra otros por los escasos recursos, mientras que los centros urbanos están regidos por la corrupción, el crimen, las enfermedades, la sobrepoblación y una contaminación gigantesca. Esta anarquía criminal regional alcanzará finalmente niveles globales. De acuerdo con Kaplan, el fin de la Guerra Fría no llevó al 'fin de la historia' sino, por el contrario, inauguró un período en donde las relaciones internacionales serán dominadas por el caos.

Los estudios de fin-de-siglo de estos autores son tal vez extremistas pero no tengo la sensación de que sean atípicos. De cualquier forma, la reciente atmósfera de fin de siglo ha sido decididamente más pesimista en comparación con el paso del siglo diecinueve al veinte. Por supuesto que al final del siglo diecinueve había dudas sobre lo que el siglo veinte traería, pero el optimismo, especialmente la confianza en las maravillas del progreso tecnológico, prevalecía. Desde el final del siglo veinte hasta nuestros días, es justamente el miedo a las consecuencias inesperadas del progreso tecnológico, el que ha provocado y provoca aun este efecto paralizante con respecto a los futuros escenarios positivos.

En 1986 el sociólogo alemán Ulrich Beck (al cual se unieron posteriormente Anthony Giddens y Scott Lash) introdujo el término de 'sociedad de riesgo'. Este término parece implicar un sentimiento generalizado de pesimismo de fin de siglo, el sentimiento de que no tiene sentido mirar hacia adelante, planear, debido a la incrementada influencia de las inesperadas consecuencias que la maquinaria del crecimiento tecnológico infiere sobre nosotros (Beck, 1994). Como resultado, la acción humana —a pesar de la modernidad reflexiva, la cual permitiría a los actores humanos hacer frente a las crisis globales— es aparentemente desvalorizada por este enfoque, con conceptos como progreso y emancipación virtualmente descartados. Además, la noción de sociedad de riesgo global parece ser un típico ejemplo del pensamiento etnocéntrico europeo, puesto que la mayoría en el Tercer Mundo nunca han conocido otra sociedad que la sociedad de riesgo; regresaré a este punto más adelante.

Así pues, en las últimas dos décadas del siglo veinte, el progreso en tanto que una de las nociones más centrales y continuamente presente de la modernidad, finalmente se encuentra con una gran —si bien dispersa— oposición de parte de los cantones anti-modernistas y del post-desarrollo, de los "jinetes del Apocalipsis" de fin de siglo, y de los ejes anglo-germanos de los teóricos de la "modernización reflexionada" que introducen la noción de sociedad de riesgo.

El fin de la creencia en el papel del Estado

No llevó mucho tiempo para que tomara forma la crítica a la tercera característica común del pensamiento sobre el desarrollo de la posguerra (el papel central del Estado en las teorías sobre el desarrollo). El postmodernismo gozó de su casi hegemónica popularidad solo por un corto tiempo dada la aparición en escena de otra palabra a la moda de fin de siglo: globalización. A fin de entender el impacto que el concepto de globalización tuvo en los estudios sobre el desarrollo es importante, primero, aclarar la importancia del concepto del Estado (nación) para las teorías de las ciencias sociales en general. Muchas de estas teorías refieren directa o indirectamente al Estado y al estado-nación. Como tal, esto no es sorprendente. Las teorías económicas se enfocaban al desempeño del mercado nacional o a las relaciones económicas entre naciones. En las ciencias políticas el papel del Estado en el proceso de construcción de la nación se convirtió en un objeto de estudio central. En los estudios culturales la noción de identidad nacional era crucial para la comprensión de las diferencias entre culturas.

No es de sorprender que, al menos en un nivel paradigmático, el Estado (nación) también jugara un papel central dentro de los estudios sobre el desarrollo, al ser estos estudios interdisciplinarios en las ciencias sociales. La importancia del Estado resulta clara en las teorías de la modernización, las teorías de la dependencia y aún en las teorías del sistema mundial.

Hoy en día, la globalización ha cambiado todo eso. No cansaré al lector con una larga exposición de las diferentes posiciones tomadas en torno al debate de la globalización. En otro lugar (Schuurman, 1997) he distinguido al menos nueve posiciones en el debate de la globalización que van desde 'la globalización indica un nuevo periodo histórico, no sabemos exactamente cómo describirlo porque no poseemos todavía el vocabulario adecuado dado que nuestros conceptos son todavía remanencia del previo periodo de la modernidad'; hasta el otro extremo en el cual 'si alguna vez hubo algo como la globalización entonces ya está superado y ha quedado atrás puesto que ahora hemos entrado a un periodo de incrementada fragmentación y deglobalización'.

De cualquier manera, muchos de los participantes en el debate sobre la globalización parecen estar de acuerdo en la disminución de la importancia económica, política y cultural del los estados (naciones). El papel central del Estado, se ha dicho, está siendo horadado desde arriba así como desde abajo. En un sentido político una nota la creciente importancia de las organizaciones políticas internacionales las cuales interfieren política e incluso militarmente en estados particulares. De esta manera, relegan al pasado las reglas escritas o no sobre la soberanía de los Estados (nación) y de su monopolio en la utilización de la violencia institucionalizada dentro de sus fronteras (lo cual ha sido siempre un elemento central en la definición de los Estados). El estado nacional es horadado desde abajo por el creciente fenómeno del gobierno local, el cual parece haberse convertido en *e/* ejemplo de lo que un buen gobierno debe ser. Económicamente, el Estado está viendo su desaparición como un actor económico a través de la privatización sostenida por la de regularización. También existe una creciente importancia de los mercados financieros

globales en donde diariamente cerca de 1500 billones de dólares se mueven alrededor del globo.

Culturalmente, la idea de identidad nacional como elemento central en la formación de la identidad para los individuos o grupos está siendo rápidamente horadada, en favor de un cosmopolitanismo por un lado y/o en la fortificación de las identidades étnicas, regionales y religiones por el otro lado.

Dado que el Estado ha jugado siempre el papel central, en las teorías sobre el desarrollo no es difícil imaginar el impacto que el debate sobre la globalización ha tenido en los estudios sobre el desarrollo. El impasse en las teorías sobre el desarrollo que se mostraba a mediados de los ochentas tomó dimensiones paradigmáticas en los años noventas. Sin embargo, es muy probable que el llamado impasse en las teorías sobre el desarrollo no fuera sino una crisis paradigmática desde el mismo principio. Dentro de los estudios sobre el desarrollo ha sido siempre difícil separar teorías de paradigmas debido a su orientación fuertemente normativa.

¿Paradigmas recuperados?

Tres paradigmas del pensamiento sobre el desarrollo de la postguerra han perdido su estatus hegemónico dentro de los estudios sobre el desarrollo. ¿Es esto algo que debamos lamentar? ¿Deberíamos lamentar que los estudios sobre el desarrollo hayan pasado de una crisis teórica a una crisis paradigmática la cual ha llevado a algunos a reemplazar los estudios sobre el desarrollo por algo llamado 'estudios globales'? La respuesta depende en gran medida de si las críticas son justificadas en primer lugar, y si así fuera, dependería de si el postmodernismo, el posdesarrollo y la globalización son capaces de ofrecer nuevos y excitantes paradigmas que satisfagan las necesidades de los estudios sobre el desarrollo. Permítaseme abordar brevemente esta cuestión para cada uno de los paradigmas perdidos.

Diversidad vs. desigualdad

La misma discusión acerca de los peligros del esencialismo del objeto de estudio tuvo lugar en los estudios de género. Resulta ilustrativo para los estudios sobre el desarrollo retrazar esta discusión. Los estudios de género son una rama de las ciencias sociales que es afín a los estudios sobre el desarrollo básicamente por dos razones. Primero, la explicación de los estudios de género comparte con los estudios sobre el desarrollo una preocupación normativa sobre la falta de emancipación de grandes grupos de gente. Segundo, los estudios de género comparten con los estudios sobre el desarrollo algunas de las metateorías marxistas y neomarxistas que posteriormente han sido altamente criticadas.

De acuerdo con Martín (1994: 631) lo que sucedió en los estudios de género fue que:

“En el intento por permanecer fuera de las trampas del esencialismo, ahistoricismo y falsas generalizaciones, las teorías feministas cayeron en la trampa opuesta si

bien igualmente peligrosa. En sobrecompensación a nuestro fracaso en el reconocimiento de las diferencias de raza, etnicidad y clase, tendimos a privilegiar a priori el estatus de un predeterminado conjunto de categorías analíticas y a afirmar la existencia de nada más que diferencia. En otras palabras, al tratar de evitar el error de la falsa unidad, hemos avanzado directo hacia la trampa de la falsa diferencia”.

Durante los años ochentas las investigadoras feministas se dieron rápidamente cuenta (en respuesta a una crítica consistente al respecto de las feministas del Sur) que hablar acerca de mujeres ocultaba la diferencia y por lo tanto una mayor atención fue dedicada a las diferencias en la posición y experiencias de mujeres de color, mujeres blancas, lesbianas, etc. Sin embargo, como lo señala Martín, el problema entonces es que las diferencias substanciales dentro de, por ejemplo, la categoría de mujeres de color (por ejemplo el caso del Caribe), no son tomadas en cuenta. Pero entonces, si se siguiera esta línea de razonamiento, se terminaría con una graduación sin fin de diferenciación entre las mujeres. Martín concluye su lúcido artículo enfatizando en que la diferenciación y categorización de un grupo de estudio debe estar en armonía con las propuestas teóricas y prácticas de la investigación en cuestión. Como tal, enfatiza la autora, sin embargo, las categorías sociales utilizadas en la investigación deben tener en cuenta el tiempo, el espacio, el contexto y el propósito de la investigación.

Stanley & Wise (1990) desarrollan un argumento similar y señalan que el miedo de marginalización y ghettización han llevado a los estudios feministas a reemplazar el estudio de la mujer por el estudio de género. De acuerdo con estos autores los estudios de género son una segunda versión empobrecida y apolítica del feminismo semejante a estudiar relaciones entre razas en lugar de racismo y colonización.

Considero que el mensaje que Martín y Stanley & Wise valoran, enfatizan, es sumamente relevante para cualquiera que luche por recuperar un dominio significativo para los estudios sobre el desarrollo. Los estudios sobre el desarrollo, como los estudios de género, tienen que evitar las falsas generalizaciones causadas por falacias esencialistas, pero la respuesta no será encontrada cayendo en la trampa del no esencialismo. Este último solo lleva a un despolitización y a un no, o aún más, contra emancipatorio análisis de un sinfín de diferencias entre o dentro de los países del Tercer Mundo.

Si bien soy sensible a los reclamos de que en el pasado las voces del Tercer Mundo fueron silenciadas por un acercamiento eurocéntrico del problema del desarrollo, no tengo la impresión de que el estudio de una diversidad sin fin en el Sur contribuya en nada a aligerar la pobreza que experimenta (y es reclamada de esta manera) por tanta gente en el Tercer Mundo.

En ese sentido no soy particularmente sensible a las críticas levantadas en contra del concepto de emancipación por resultar ser una, así llamada, noción de la Ilustración, desacreditada por el postmodernismo. Una universal, si bien sensible al contexto, noción de justicia, es todavía mucho más atractiva reclamando un dominio normativo y progresivamente político para los estudios sobre el desarrollo, que cualquier intento de inspiración post-modernista en esa dirección.

La verdadera esencia de los estudios sobre el desarrollo es una preocupación normativa por el pobre, marginalizado y explotado pueblo del Sur. En este sentido, *desigualdad* más bien que *diversidad* o *diferencia*, debería ser el principal enfoque de los estudios sobre el desarrollo: la desigualdad de acceso al poder, a los recursos, a una existencia humana – es decir, desigualdad de emancipación. No cabe duda de que existe una diversidad de formas, experiencias y de estrategias para hacer frente a la desigualdad, lo cual amerita ser una parte integral del dominio de los estudios sobre el desarrollo. No existe tampoco duda sobre el que la globalización contribuirá a nuevas formas de desigualdad y nuevas formas de resistencia. Sin embargo, es la desigualdad en cuanto tal la que debe constituir el principal objetivo dentro de la explicación de los estudios sobre el desarrollo.

Se proclama que una mayor atención a la diversidad y, por consiguiente, un enfoque de la realidad menos esencialista lleva a una mayor tolerancia. Así debería ser, pero tolerancia no necesariamente es lo mismo que solidaridad (internacional). Tolerancia es algo más que la tradición humanista dentro de los estudios sobre el desarrollo, con sus profundas raíces en la Ilustración. Existe tan solo un hilo muy fino entre tolerancia (en el sentido de aceptar la diversidad) y el relativismo cultural en donde nos toleramos unos a otros pero sin tener tampoco nada que decir los unos a los otros.

Si el cambio de énfasis en la desigualdad a un énfasis en la diferencia y la diversidad fuera a terminar con la solidaridad internacional, entonces sería algo que lamentaríamos profundamente.

Progreso vs. administración del riesgo

La solución al subdesarrollo tal como ha sido propuesta por la mayoría de los autores en la tradición postmoderna/anti-modernista es muchas veces sorprendentemente ingenua en su simplicidad, por ejemplo, los pobres del Tercer Mundo deben olvidarse de tener necesidades similares a nuestras propias necesidades. Dejémosles renunciar a desear un estándar de vida como el que tiene el Norte, dejémosle renunciar a tener una casa decente, acceso a cuidados médicos, empleo, etc. Puesto que estas necesidades los llevarían a un proceso de desarrollo con todo lo que implica de connotaciones negativas. Llevando esto a sus últimas conclusiones, tenemos las visiones de los trabajadores del desarrollo, los cuales después de haber sido desprogramados y luego reprogramados, regresan al campo con el fin de ayudar a los pobres del Tercer Mundo a olvidarse de las necesidades del 'Primer Mundo'.

Justo en el preciso momento en que la escasez de la naturaleza como un recurso está siendo aceptada internacionalmente (si bien muy lentamente), el círculo de autores anti-modernistas, post modernistas, y contra el desarrollo nos recomiendan olvidar por completo la noción de escasez dado que forma parte de una estrategia para imponer la lógica capitalista sobre aquellos que no la necesitan. Más concretamente, los pobres del Tercer Mundo son aconsejados de separarse del mercado, de tratar de comerciar a través de otros medios, de organizar su propia educación,

de no utilizar las medicinas occidentales, y de no fijar metas sin límite si se tienen medios limitados.

Sin embargo, tengo la impresión, a juzgar por los mensajes presentados por la mayoría de los movimientos sociales en el Tercer Mundo, que los campesinos e indígenas del Sur muy seguido están interesados en obtener precios justos para sus productos, y en tener acceso a una educación bilingüe, electricidad, transporte y cuidados médicos adecuados. De hecho, muchos movimientos sociales y organizaciones de base en el Sur exigen de sus gobiernos ser incluidos en el proceso de desarrollo y no ser tratados más como ciudadanos de segunda clase. Muchas ONG en el Sur, así como en el Norte, apoyan a estos grupos en sus reclamos justificados por una completa ciudadanía y una participación política. La hambruna, las tasas altas de mortalidad y morbilidad en el Tercer Mundo no desaparecerán solamente con cambiar la subjetiva perspectiva de las personas involucradas.

Además, el concepto de sociedad de riesgo no ha quedado sin contestación con respecto a su valor para los países desarrollados en el Norte, sin mencionar su relevancia para los pobres del Sur. Frank Füreedi de la Universidad de Kent es uno de los estudiosos progresistas, que critica los conceptos de modernización reflexionada y conciencia de riesgo (Füreedi, 1996). Primeramente, Füreedi critica la idea de que el riesgo global es algo nuevo, que es uno de los efectos laterales o tal vez aún, una de las características constitutivas de la fase de globalización postfordista. Füreedi denuncia esto como una visión muy etnocéntrica y ahistórica en tanto que muestra los riesgos que los pueblos colonizados forzosamente tuvieron que sufrir debido a la expansión del capitalismo occidental. En lo que concierne a estos pueblos indígenas, ha existido siempre una sociedad de riesgo desde la penetración del colonialismo.

Segundo, le parece a Füreedi muy oportunista salir con un concepto como sociedad de riesgo global justo en el momento cuando los riesgos que el Norte ha sido siempre capaz de exportar al Sur, ahora comienzan a amenazar a las naciones industrializadas. La tercera objeción de Füreedi es que el concepto de sociedad de riesgo invoca la imagen de riesgos que son extendidos uniformemente. El apuntar hacia las dimensiones globales de los riesgos no elimina el hecho de que ciertas naciones – o más específicamente ciertas categorías de gentes- están más expuestas al riesgo que otras. El riesgo es distribuido desigualmente geográfica y sociológicamente, y pensar de otra manera nos llama la atención hacia la necesidad de proyectos emancipatorios dirigidos a las clases bajas globales.

Finalmente, el concepto de sociedad de riesgo menosprecia el poder de la acción humana y sobrestima la (aparente) dinámica autónoma de la tecnología la cual nos llevará a todos sin duda alguna hacia el Apocalipsis. En relación con las objeciones previas, esto significa que la acción social colectiva para luchar en contra de la distribución desigual del riesgo debe ser considerada sin sentido debido a que el cambio social solo podría ser una consecuencia del desarrollo tecnológico. Por lo tanto, en una sociedad de riesgo, estamos condenados a continuar huyendo de un estado de pánico al siguiente. Los proyectos de emancipación colectiva son relegados a los márgenes de un más vasto cuadro global.

Una nueva moralidad de auto-restricción es propuesta por los adherentes a la sociedad de riesgo. Sin embargo, no parece probable que la administración del riesgo a través de auto-restricción sea una perspectiva más atrayente para los pobres del Tercer Mundo que la noción de progreso.

Habiendo alcanzado el siglo veintiuno la noción de progreso, parece haber perdido gran parte de su estatus hegemónico en los estudios sobre el desarrollo. Sin embargo, los enfoques alternativos no han sido capaces de reconstruir la cadena paradigma-teoría-práctica en una forma ampliamente aceptada por la disciplina de estudios sobre el desarrollo de la misma manera que lo hiciera el concepto de progreso.

Estado vs. Sociedad Civil

El papel central del Estado (nación) ha perdido su énfasis en favor de la sociedad civil, gobierno local, o una combinación de los dos. Ahí donde los estados nacionales en los países del Tercer Mundo han fallado en institucionalizar la democracia e iniciar un desarrollo económico decente, es ahora el gobierno local el supuesto para hacerlo a partir de una colaboración sinérgica de los actores de la sociedad civil y con representantes del capital nacional e internacional. 'Buen gobierno' en nuestros días ya no está más asociado a la vieja imagen de estado de bienestar sino a nuevas formas de sinérgica local entre los actores económicos, políticos y culturales.

Es muy interesante observar como los desarrollos dentro de las ciencias económicas, políticas y culturales reflejan este alejamiento del papel central del estado-nación. En las ciencias económicas podemos ver el rápido aumento de interés en la sociología económica, por ejemplo, la idea de que la lógica económica tiene más bases socio-culturales de lo que se hubiera pensado. En las ciencias políticas el énfasis es colocado progresivamente en el gobierno local, y los estudios culturales se concentran en nuevas formas híbridas de construcción de la identidad. Muchos de estos nuevos desarrollos vienen juntos en el estudio de la sociedad civil. También los proyectos de desarrollo nacional e internacional tienden a concentrarse cada vez más en la fortificación del papel de la sociedad civil.

Me gustaría comentar brevemente sobre estos tres temas: la noción implicada por la globalización concerniente al retiro del Estado, el potencial emancipatorio del gobierno local y la importancia de la sociedad civil.

En un lúcido artículo sobre las fases históricas de la globalización Deepak Nayyar (1997) considera ingenuo eliminar los estados-nación de su importante papel en el juego de la globalización a pesar del hecho que, en la fase imperial de la globalización, los estados-nación jugaron un papel más importante (económico y político) de lo usual. Los estados-nación, señala Nayyar, todavía permanecen importantes en términos políticos y estratégicos. Desde su enfoque, fue la fuerza militar de los en su momento poderes imperiales la que solía fijar las reglas del juego, en contraste con el presente en donde es el golpe político de los estados-nación ('respaldar las reglas impuestas por las corporaciones transnacionales, los bancos,

etc.’). Aquí Nayyar se sitúa en contraste con alguien como Martín Shaw (1996) quien piensa que la fuerza militar todavía continúa definiendo las relaciones entre los estados y ‘por consiguiente los parámetros de poder del sistema mundial, y que la noción de socavación de los Estados (nación) en una era de globalización se ha enfocado demasiado en las definiciones económico culturales de los estados-nación.

Rajni Kothari toma una posición intermediario cuando lanza la idea que:

“El nuevo marco del capitalismo está basado en una transición del modelo político militar de administración internacional y dominación (la fase del “imperialismo”) a un sistema técnico financiero de integración global (a diferencia del internacional) hacia un extendido mercado mundial...(esto lleva a) la erosión de una estructura de base estado de las interacciones nacionales e internacionales”. (Kothari, 1997:234)

No le parece lógico a Kothari ver el cambio de un poder base de lo político militar a lo técnico financiero como un indicador de la debilidad del Estado. Por el contrario, pareciera que es una forma más sutil de control. En otras palabras, la definición de Estado debe de ser puesta al día.

Nayyar, Shaw y Kothari toman una línea de razonamiento la cual posiciona al Estado (nación) por encima de todo como un resultado de la difusión espacial o concentración del comercio y las inversiones. Jan-Aart Scholte (1995) toma un punto de vista diferente. Define la globalización como la dimensión supraterritorial de la vida social y consecuentemente discute la globalización en términos de la naturaleza de la identidad colectiva, puesto que, al menos para Scholte, la identidad es crucial en las relaciones sociales. De acuerdo con Scholte entonces:

“Antes del ataque del estado-nación en el siglo diecinueve las relaciones sociales se concentraban sumamente en los lugares territoriales inmediatos. Sin embargo, después de mediados del siglo XIX el principio de nacionalidad se convirtió en la dominante de la construcción de la identidad. Esto, al mismo tiempo, significó la supresión de todas las otras formas de identidad las cuales se habían basado en dimensiones diferentes (regional, religiosa, etc.) dimensiones suprimidas las cuales ahora en la era global comienzan a ‘florecer’ otra vez, algunas veces con consecuencias desastrosas (la contienda étnica en África, las secesiones nacionalistas en los Balkanes, el fundamentalismo religioso en el norte de África/Argelia): de hecho, formas ‘pre-modernas’ de identidad surgiendo en una era global”.

La cuestión importante que Scholte trae al frente es de si estas formas ‘pre-modernas’ de identidad son un anacronismo temporal surgiendo en una era en donde el capitalismo global y la modernidad se están construyendo a sí mismos y creando vacíos ideológicos temporales (debido al final de la Guerra Fría, la usual inseguridad de fin de siglo, etc.) o si son heraldos de un nuevo tipo o estrategia de emancipación en una era global.

De acuerdo con Scholte, la mayor parte del capitalismo de los días actuales está todavía ligado a las firmas nacionales, la moneda nacional y los mercados nacionales. También, las luchas étnicas y los movimientos indigenistas tienden a reproducir un sentimiento de nacionalidad en una escala más reducida. Por lo tanto, concluye Scholte, 'la globalización también va de la mano de la renacionalización'. La globalización no es acerca de eliminar naciones, solo sobre la complicación de la construcción de identidades colectivas, que lleva a una hibridización, por lo cual, Scholte proclama la globalización como un mecanismo central de la modernización tardía.

Así pues, después de todo no hay muchas razones para suponer que el papel del Estado llegue a su fin debido a la globalización. Lo mismo indica que el tema de gobierno local debe ser manejado con cuidado. Debe de comprenderse que la idea de gobierno local es decididamente una noción occidental y que está íntimamente ligada a la historia del capitalismo en el occidente, el cual alcanzó su fase postfordista a partir de mediados los años setenta, durante la cual el papel del Estado se vio progresivamente como un obstáculo para el desarrollo económico. Ahora que muchos países del Tercer Mundo se encuentran actualmente en una fase de transición hacia la democracia, las nociones de gobierno local y autonomía local alimentan la retórica de la política nacional y seguido son utilizadas como tales en los frentes políticos. Seguido se ha olvidado por conveniencia, por ejemplo, que ideas como gobierno local o autonomía local presuponen una primera fase de construcción de nación en donde una sociedad civil se ha construido firmemente. Hubo también una fase de capitalismo de bienestar durante la cual el Estado proveía una red de seguridad para aquellos que se veían amenazadas de caer fuera del barco. Ahora, los gobiernos locales en el Tercer Mundo corren el riesgo de volverse víctimas del capitalismo organizado globalmente debido a que su redes de seguridad política y económica no han sido aún construidas y que sus sociedades civiles son débiles, no habiendo sido precedidas por un proceso de construcción de nación ni por una fase de capitalismo de bienestar. Es una pena que, en el momento en el cual muchos de los países del Tercer Mundo están finalmente comenzando a librarse de los regímenes no democráticos, el estado nacional es despojado de su importancia.

¿Puede la responsabilidad de la emancipación humana moverse del Estado hacia la sociedad civil? Comunitaristas como Amitai Etzioni (1997) ciertamente parecerían pensarlo así, en cualquier caso para el mundo desarrollado. Un punto importante a señalar es que la noción de sociedad civil es altamente reificada. Es presentada como una especie de actor con una suficiente agencia para involucrarse en una relación sinérgica con el gobierno local. No quisiera en este punto llevar al lector a una discusión sobre el pro y el contra del concepto de sociedad civil.

Lo que es importante es notar que, en el contexto de los estudios sobre el desarrollo, el concepto de sociedad civil ha sido ya traducido políticamente en los anteriormente países desgarrados por la guerra como Guatemala, regímenes anteriormente no democráticos como Sudáfrica, y países anteriormente comunistas como Croacia.

Sin embargo, el entusiasmo con el cual la sociedad civil ha sido recibida como un nuevo paradigma no ha coincidido con una elaboración de sus dimensiones teóricas.

Un punto focal en el intento de dar a la sociedad civil “manos y pies” parece ser la noción de capital social. De acuerdo con Robert Putman (1993) y Francis Fukuyama (1996) la construcción de una sociedad civil del tipo ‘correcto’ (por ejemplo llevando a la democracia y al desarrollo económico) de capital social es un proceso dependiente de una trayectoria (histórica). Si estos autores están en lo correcto, podemos cuestionar los corrientes intentos de ayudar a los países del Tercer Mundo a construir una sociedad civil con el tipo correcto de capital social. De cualquier manera sería muy prematuro para los estudios sobre el desarrollo reemplazar la importancia paradigmática del Estado por la de la sociedad civil.

Conclusiones

En resumen, los estudios sobre el desarrollo, como una típica rama de las ciencias sociales posteriores a la Segunda Guerra Mundial, han experimentado su cuota de crítica de sus paradigmas centrales: mejor dicho, han recibido más de la cuenta debido a su carácter normativo e interdisciplinario. Algunos de estos paradigmas parecen haber sido perdidos por completo y a partir de los años ochentas el perfil de lo que vendría a conocerse como un impasse en los estudios sobre el desarrollo, se volvió claramente visible. Cuando en la siguiente década el concepto de globalización se introdujo en las instituciones académicas y políticas, se volvió claro que los estudios sobre el desarrollo no lo harían como tales en la siguiente centuria. Su reemplazante propuesto, los estudios globales, ya estaban haciendo señales. Sin embargo, los estudios sobre el desarrollo han cruzado el umbral del milenio, si bien, admitámoslo, no con un gracioso salto. Espero que este artículo haya mostrado de dónde vienen las críticas de los paradigmas de los estudios sobre el desarrollo, y qué paradigmas alternativos se encuentran ya sea ausentes o son poco atractivos desde el punto de vista de la emancipación -tal como lo he utilizado en este texto. Esto no implica que los estudios sobre el desarrollo deban quedarse a un lado de estas críticas. El desafío para los estudios sobre el desarrollo es de reestablecer su relevancia continua para el estudio y la comprensión de los procesos de exclusión, de emancipación y desarrollo – no particularmente adhiriendo a sus paradigmas anteriormentepreciados sino incorporando creativamente el nuevo *Zeitgeist* sin abandonar sus bases normativas, por ejemplo, la conciencia de que solo con un moral universal de justicia habrá un futuro para la humanidad.

Bibliografía

Beck, U *et al* (1994) *Reflexive Modernization. Politics, Tradition and Aesthetics in the Modern Social Order* (Cambridge: Polity Press)

Booth, D (ed) (1994) *Rethinking Social Development* (Harlow: Longman).

- Brohman, J (1996) *Popular Development. Rethinking the Theory and Practice of Development* (Oxford: Blackwell).
- Bull, M (1995) *Apocalypse Theory and the Ends of the World* (Oxford: Blackwell).
- Cowen, M & R Shenton (1996) *Doctrines of Development* (London: Routledge).
- Crush, J (1995) *Power of Development* (London: Routledge).
- Escobar, A (1995) *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World* (Princeton, NJ: Princeton University Press).
- Etzioni, Amitai (1997) The end of cross-cultural relativism, *Alternatives*, 22, pp 177-189.
- Fukuyama, F (1996) *Trust. The Social Virtues and the Creation of Prosperity* (New York: Free Press).
- Füredi, F (1996) 'Risk-consciousness: the escape from the social', lecture at the Conference on The Direction of Contemporary Socialism, University of Sussex, 26-28 April.
- Hobsbawm, E (1994) *The Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991* (London: Michael Joseph).
- Huntington, S (1993) The clash of civilizations?, *Foreign Affairs*, 73, pp 22±49.
- Kaplan, R (1994) The coming anarchy: how scarcity, crime, overpopulation, tribalism, and disease are rapidly destroying the social fabric of our planet, *Atlantic Monthly*, 273 (2), pp 44-76.
- Kothari, Rajni (1997) Globalization: a world adrift, *Alternatives*, 22, pp 227-267.
- Leys, C (1996) *The Rise and Fall of Development Theory* (London: James Currey).
- Martin, J (1994) Methodological essentialism, false difference, and other dangerous traps, in signs, *Journal of Women in Culture and Society*, 19 (3), pp 630 -657.
- Nayyar, Deepak (1997) Globalization: the past in our present, *Third World Economics*, 168, pp 7-15.
- Nederveen Pieterse, J (1998) My paradigm or yours? Alternative development, post development, reflexive development, *Development and Change*, 29, pp 343-373.
- Norgaard, R (1994) *Development Betrayed. The End of Progress and a Coevolutionary Revisioning of the Future* (London: Routledge).

Preston, P (1996) *Development Theory* (Oxford: Blackwell).

Putnam, R (1993) *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy* (Princeton, NJ: Princeton University Press) .

Rahnema, M (ed) (1997) *The Post-Development Reader* (London: Zed Books).

Sachs, W (ed) (1992) *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power* (London: Zed Books).

Scholte, Jan-Aart (1995) 'Constructions of collective identity,' Paper presented at the conference on The Organization Dimensions of Global Change: No Limits to Co-operation, University of Cleveland, OH.

Schuurman, F (ed) (1993) *Beyond the Impasse. New Directions in Development Theory*, (London: Zed Books).

Schuurman, F (1997) 'Emancipatory spaces in the global era', Paper presented at the Wolfsberg conference, Nijmegen 30 October-1 November.

Shaw, Martin (1996) 'The global revolution in the social sciences: the globalization of state power as a defining issue' , paper presented at the conference on The Direction of Contemporary Socialism, University of Sussex, 26-28, April.

Sklair, L (1991) *Sociology of the Global System* (Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press).

Stanley, L & S Wise (1990) Method, methodology and epistemology in Feminist Research Processes, in: L Stanley (ed) *Feminist Praxis* (London: Routledge), pp 20-60.